

Fenomenología de la juventud actual: de la esperanza y la esperanza *

CARLOS DÍAZ

La pregunta «qué es el hombre» va siempre ineludiblemente ligada a esta otra: «¿Qué me cabe esperar?» Con más razón, en el caso de la juventud, porque ella tiene por delante todavía muchas más preguntas y dispone de más tiempo para interrogarse por su futuro. Según pasa la vida, el adulto se va aferrando al ayer, lo cual puede ser una forma de temer al mañana; según crece el joven va incrementando su voracidad de futuro, y a medida en que añade años a su vida va «creciéndose», hasta que llega ese momento en que la balanza parece comenzar a inclinarse a dejar atrás el paso del ecuador, tras haber ardidado más de la mitad de la vela y consumido más de la mitad de su luz, momento en el cual empieza a hacerse molesto el paso de los años.

De todas maneras, la vida es para unos y para otros inexorable espera, e inevitable esperanza. Lo que a unos les resulta consabido a otros les parece inesperado; lo que aburre a Fulanito, distrae a Menganito, como si de irre-

El autor de este artículo —Ponencia leída en las XIV Jornadas de Pastoral Educativa organizada por el «Instituto San Pío X»— es un profesor seglar cristiano. Su testimonio sirve de ejemplo de lo que puede —y debe— ser una dedicación al mundo adolescente y joven desde la doble dimensión de profesor seglar y de creyente comprometido en el mundo de la educación.

ductibles sustancias estuviésemos hechos los mortales. A la hora de la verdad, sin embargo, todo el mundo demuestra su común ascendencia, y su reacción suele ser la misma; a veces se podría decir que nos parecemos demasiado.

Mas, ¿cuáles son las expectativas de la juventud, qué les mueve a crecer, qué paraliza su caminar? Existen las fuerzas multinacionales, las ideologías transnacionales, los bloques militares, las zonas de conflicto, las arcas de influencia, y todo cuanto de despersonalizador y pretrazado se quiera, y en consecuencia nuestras esperas y esperanzas han de conservar un cierto aire de familia. Pero ni el más obtuso determinista podría negar que cada ser vive de muy diversa manera lo que a todos nos afecta por igual, hasta el extremo de que podría parecer que el marco exterior no es más que una ocasión para vivenciar lo subjetivo. Demasiada filosofía como para entrar en ella. Por eso hemos escogido otro camino: Trataremos de partir de las anécdotas para elevarlas a categoría. En esta análisis podremos ir progresando hacia el conocimiento de las ilusiones y tristezas de la edad joven.

1. SI ERES ESTUDIANTE, TE INTERESA DISCOTECA ALPHA...

Una octavilla distribuida en una pequeña capital de provincia española, dice lo siguiente:

«Discoteca Alpha celebra todos los jueves la *Noche del Estudiante*. Presentando tu carnet de universitario, de bachiller o de otras materias, recibirás tu Carnet de la Noche del Estudiante. Con este Carnet tendrás muchas ventajas en Alpha. Este jueves, día 3, tenemos muchas sorpresas y te adelantamos una, que podríamos llamar *La Medida de tu Beso*. Por sorteo, y coincidiendo con el número del carnet de la noche, sacaremos a ocho concursantes que tendrán que besar en los labios a una *Chica Snob*, y ésta nos dará la valoración del beso en una escala del 4 al 12. El ganador conseguirá cinco mil pesetas; el segundo, dos mil pesetas y el tercero, mil pesetas. Precios de la barra: Cubalibre, 150 pesetas. Si estudias, no puedes faltar a tu noche.»

Entre la orterada y la capacidad de convocatoria, estoy casi seguro de que todo acabó como quería el dueño de Alpha: Haciendo forcejear a ciertos jóvenes y llevándoles a la revalidad en el difícil arte del ósculo. Poco se parece, en efecto, la nueva época al delicado transfondo romántico de la «Leyenda del beso». Aquél sí que fue un beso «Alpha», y no el de la discoteca que lleva ese nombre. «Alpha» está, en efecto, mucho más allá de la famosa coplilla, según la cual «la española cuando besa es que besa de verdad, y ninguna le interesa besar por frivolidad», pues la famosa *Chica Snob*, chica *sine nobilitate*, besa con besos-ficción, mientras se erige en evaluadora-besuqueada. Era yo todavía un chaval, cuando el Dúo Dinámico erizaba los rizos de la melancolía cantándole a los «besos robados», que ahora son besos «concurados»... En fin, que tampoco tendría en Alpha demasiado porvenir aquel beso

de la «Oda a la Alegría», dirigido por Schiller «a todo el mundo», ¡imagínense si la Chiquita Snob hubiese tenido que morrear a la humanidad!

¿Cuál es tu beso, joven?, ¿significa algo para ti? Bueno será conceder la palabra a los besadores mismos, como hubiera dicho un marxólogo a ultranza¹.

2. TODO PASA Y TODO QUEDA: EN TORNO A LA ESPERANZA

Se acabó Alpha; venvedores y vencidos regresan a los lares domésticos, y al poco tiempo aquéllo quedó atrás, porque la vida está llena de «Betas», «Gammás», «Deltas», tiende hacia el mañana de su propio ayer. Y bien, ¿qué es lo que mantiene la ilusión, qué es lo que nos mueve a seguir buscando? Probablemente el que todo ser humano busca la felicidad, y en eso deposita sus esperanzas. De esto se trata: *¿qué espera el joven?*

En primer lugar, debe aprender a ver cómo todo pasa, y como, sin embargo, nada pasado impide la expectativa del futuro. Por un lado resulta fácil al que todavía es tierno biológicamente sustituir las ilusiones sidas por las venideras, pues prevalece en él la fuerza, y los golpes se superan mejor; por otro lado, sin embargo, resulta difícil comenzar a acostumbrarse a la dimensión fugaz de lo que la mañana o la noche anterior se daba como definitivo, pues a dar como definitivo todo tiende la edad juvenil. Dice una joven: «Siempre que inicio algo nuevo, las ilusiones y esperanzas que surgen en mí son muchas, pero con el paso del tiempo van decayendo.» Sin embargo, otra joven, que se da cuenta de la misma realidad, apunta inmediatamente hacia la superación de ella: «Hay ocasiones en que te asomas a la ventana, y si te detienes a pensar sobre todo lo que se ve, tus esperanzas se desvanecen, pero sólo por unos segundos; a los pocos momentos las esperanzas vuelven a estar vivas.» Más literariamente lo expresaba un tercer alumno, con esta descripción: «Estoy en una carretera con un semáforo en rojo, y de vez en cuando se abre el verde... esperanza.» Más sorprendente todavía, por lo metafísica, es esta reflexión de otro joven: «En realidad, yo me preguntaría qué es la esperanza. Puede que sea una ironía, una burla a nuestra persona, un engaño, una cobardía por nuestra parte, o algo por lo cual deberíamos luchar y contagiarlo a los demás. Tal vez la esperanza es una locura común a todos los seres humanos.» Apréciase la hondura de pensamiento que hay en estas frases de una persona de diecisiete años, y se comprenderá por qué cada vez me sorprende más del ritmo de maduración del adolescente, tan rápido en los últimos años. Es un padecimiento enseñar, pero también una impagable fortuna; al menos, enseñar en estas edades. Y a la vista de la anterior respuesta, al menos se me ocurre decir que no sé bien cómo puede definirse la esperanza, pero tal

¹ En lo sucesivo, todos los besos... digo todos los testimonios traídos a colación pertenecen a mis alumnos del curso 3.º de BUP, del Instituto Nacional de Bachillerato «Calderón de la Barca», de Madrid, curso 1982-1983.

vez, y en el terreno humano, sin más honduras, desde la dimensión puramente biológica, podría decirse que la esperanza es una necesidad, gracias a la cual lo que pasó sigue siendo en forma de reiteración de la expectativa en lo por venir, y así siempre.

3. «Y QUE COÑO ESPERO YO?»

He dudado respecto de la oportunidad de transcribir literalmente una serie de escritos de mis alumnos, y especialmente alguno de ellos, por temor a que hiriesen la sensibilidad de alguno de mis lectores. Sin embargo, al final me he decidido a respetar su integridad sintáctica y reproducirle exactamente como me ha llegado, porque creo que el adulto que lo sea sabrá poner las cosas en su sitio y no verá en lo aquí reflejado otra cosa que una situación anímica de un sector de nuestra juventud, minoritario y todo, pero existente, un sector que puede adjetivarse como *sector-límite*, pero al fin y al cabo operante y con alguna fuerza, cuyo habitat natural es la periferia madrileña, y la clase social baja. Estoy seguro de que dicho todo esto el lector sabrá apreciar, sin comentarios, lo que significan cada una de las líneas de esta redacción que paso a reproducir literalmente, y cuyo autor tiene hoy diecisiete años tan sólo:

«¿Y qué coño espero yo? Si miro al periódico, veo catástrofes; si salgo a la calle veo basuras; si veo la tele, más mierda todavía. Pero, ¿qué coño puedo esperar yo de esta porquería de mundo? Mi único objetivo es vivir. Vivir y follar, claro está. Cuando salgo fuera del cubo de la basura en el que me encuentro, sólo logro alcanzar a ver más basura todavía. No encuentro ni un sólo rincón en este asqueroso mundo donde poder vivir y dejar vivir. ¿Qué vas a ser cuando seas mayor? ¿Vas a trabajar? ¿Estudias? A la..., no, esta vez a la mierda no, ¡a la puta mierda!

¿Para qué coño quiero estudiar, si luego no voy a encontrar trabajo? Y si encuentro trabajo... ¡Qué te cortes! ¡Cómo voy a trabajar yo! ¿Es que me ves cara de pringao, o qué? ¡Asco! Me dais todos asco. ¡Hipócritas, que sois todos unos hipócritas! ¡Qué te olvides de mí!

Si vosotros queréis revolcaros en el fango pestilente de esta inmundicia pocilga (con perdón para los cerdos, que son unos animales la mar de majos), no me empujéis a mí. Destruidlo todo, no dejéis nada, qué me importa a mí. Si no puedo ser como soy, si no me dejáis ser yo mismo, ¿qué más me da lo que os pase a todos?

A ver, camarero, una coca-cola, una hamburguesa doble con pepinillos, mostaza y mucho tomate, una bolsa de patatas fritas y... ¡y una mierda!

¿Qué creéis, que me voy a tragar todo eso que me enseñáis tan bonito y tan bueno? ¡Podrido, como todos vosotros!

¡Ay! ¡Si yo tuviera un botoncito rojo que apretándole nos fuéramos todos al garete! Lo apretaba y bien apretao ¡A ver si reventábamos!

Si comenzáramos a cero, si nos dieran una nueva oportunidad... Pero no, ¡qué pasa! Yo ya no sería el mismo, y ya no escribiría lo mismo y... ¡Yo que sé! ¡A follar, a follar, que el mundo se va a acabar!

Y ahora me largo de clase porque no he hecho lo de latín. Mater tua mala burra est². ¿Qué te parece? ¡Pues te jodes!

¡Ou, ou, ou! Hoy, hermano, lo más, lo más de J. L. en F. M.»

Henos ante una impresionante manifestación, que el adulto beatífico tenderá a rechazar diciendo que es mentira, y supongo que pese a todo no pensará que me la he inventado yo mismo. Porque lo cierto es que muchos adultos hacen lo que aquel granjero, que vio por vez primera en su vida una jirafa, y, luego de exclamar: «¡No es posible!» decidió que no podía existir. Pero la jirafa, con su imposible cuello, existía. Otros, adultos, los de clase alta, lo primero que preguntan es quién ha escrito eso, y mientras tanto van preparando los grilletes con que llevarle amarrado a un correccional, para quitarse de encima a la fierecilla. A ellos podría decirles yo, sin embargo, que es un chavalín de aspecto exterior añiñado, que se hace querer, y cuyo único síntoma externo que podría delatarle es una pertinaz inquietud, no poderse estar quieto en el banco, más aún: con frecuencia se acerca a mi tarima, y me gasta bromas. Finalmente, no faltan adultos (de alguna manera hay que llamarlos) que rechazan este u otros escritos similares porque tienen expresiones malsonantes, o porque (desgraciadamente, en efecto) abundan en faltas de ortografía, razones que en ningún caso deberían bastar para indignarse, en lugar de lo cual habría que examinar el fondo de las cuestiones. Según voy escribiendo estas líneas comienza a bullirse en el cerebro la idea de escribir algo sobre los adultos, tomando como *leit motiv* precisamente la reacción respecto de escritos como éste; sería bastante divertido ver cuán escasa es la madurez del crecidity, y cómo, en definitiva, la supuesta y real inmadurez del adolescente en último término no es más que una herencia de la nuestra propia. Pero esto excedería los límites de cuanto aquí nos proponemos ahora.

Pero pasemos hacia adelante: ¿Qué es lo que nos quiere decir este joven, respecto del cual rechazamos la idea de considerarle simplemente un alumno travieso, ocurrente o problemático?, ¿qué está pasando en la mente y en el corazón de este joven que al fin y al cabo no es otra cosa que un botón de muestra de un segmento generacional, precisamente el más conflictivo y desgarrado? Tal vez la respuesta a esas preguntas podría resumirse en los cinco siguientes espacios a considerar:

² «Mater tua mala burra est», significa en latín, «Tu madre como manzanas podridas».

a) Peculiar de este sector es una carencia de esperanza respecto de lo que haya de venir, cuya perspectiva se ve muy negra, y por esta razón tiende a rechazarse.

b) A lo anterior habría que añadir una sensación de soledad, de destierro, de estar sólo en un universo asediado donde caen chuzos de punta sobre uno, y respecto de todo lo cual la respuesta es el ataque y la agresividad indiscriminada. Mal cuerpo.

c) El deterioro que esta situación produce va traduciéndose en un menosprecio progresivo de lo que otros consideran la gran salida, el trabajo. Todo trabajo es visto como una victimación, ante lo cual un mínimo de buen gusto teórico debería llevar a preguntar: ¿se debe ello a la carencia de atractivos del campo, la fábrica o el taller en el modo de producción capitalista?, ¿es un rechazo más bien espectacular y teatral, porque «están verdes», como las uvas de la zorra?, ¿o acaso la fuente de esta actitud debe ponerse en un incremento de la neurosis desocupacional?

d) Tratando de dar sentido a lo que otras parcelas no parecen dar, el grueso del deseo se centra en el placer inmediato, en el disfrute de los placeres sexuales y corporales sobre todo.

e) Y pese a todo lo antedicho, sin embargo, no puede hablarse de desesperación en este contexto; puede decirse, en efecto, que hay mucho de desesperanza, pero no de desesperación: Una cosa es no tener esperanza y otra es caer en la desesperación. Lo que parece evitar en este clima la desesperación es el depositar la gana de vivir y de pelear en *ser uno mismo*, en tratar de resistir plantándole cara a la diferencia, en luchar por la identidad. Ser uno mismo lo que uno mismo es. Ser uno mismo, incluso en medio del mogollón y la avalancha que se viene encima, al menos en algunos sectores de clase y en el trepidar de la gran ciudad ausente. Ser allí el que uno es resulta importantísimo, tanto que incluso llega a rechazarse la posibilidad de una «nueva oportunidad», en la medida en que tal vez con ella viniera el cambio de mí mismo, siendo así que en ese cambio llevaría las de perder, porque, para ese sector, el «mí mismo» es el mejor de los mundos posibles.

A pocas aficiones teológicas que se tengan, esta actitud juvenil de un sector llevará a recordar toda la problemática del mal en el mundo, pero también la del rechazo obstinado de la voluntad de cambiar. Ese joven que le dice «no» a la posibilidad de la «nueva oportunidad», ¿qué otra cosa está haciendo, sino curvarse sobre sí mismo, cerrarse empecinadamente en las propias limitaciones, negarse a dar entrada a la posibilidad de mejorar?, ¿no es semejante actitud la que constituye la soberbia del pecador?, ¿no es un poco de eso lo que llevó al ángel caído a entonar el *non serviam*?

Empero, ¿no sería demasiado hipócrita a la vez rechazar al que rechaza, hacerle culpable y cómplice de una situación que a él mismo le duele y que en

buena medida ha propiciado la sociedad adulta?, ¿cuántas piedras podrían arrojarse sobre el joven disociado y disociador?, ¿qué fue antes, su rechazo o el nuestro? Pocos adultos se hacen a sí mismos los considerandos pertinentes, y mientras la mayoría arroja sobre ellos denuestos y distancias con que poco a poco se va produciendo el sepultamiento. Bien merecido se tienen eso de «¡Hipócritas, que sois todos unos hipócritas!».

En tal disposición anímica de los unos y de los otros, difícil va a ser abrir horizontes, sobre todo si el deporte favarito común es el de echar balones fuera, como suele ser habitual y, en consecuencia, lo que podía ser alegría de comunicación se convierte en espectáculo bronco, marrullero, necesitado de árbitro al que de paso poner también verde, ya metidos en faena: La agresión no respeta a nadie. Ver, sin embargo, cómo ciertos jóvenes caminan hacia el desarraigo, se aíslan en sus desconfianzas, desarrollan su autismo antisocial y se inclinan a la delincuencia, es más que desagradable, muy doloroso, siendo mientras una cosa cierta: Que ni el aumento de reformatorios, psiquiátricos, cárceles, hospitales y similares instituciones aislantes, ni el incremento de la represión —incluida la de los «antidisturbios democráticos»—, ni siquiera el crecimiento de la «tolerancia represiva» son la solución. La solución está en cambiar.

4. ESCLEROSIS DE AUTOAFIRMACION

Es verdad que la mayoría de los jóvenes no evidencian síntomas de desarraigo tan fuertes como los del chico anteriormente mencionado, pero también es verdad que hasta los más «normalitos» tienen hoy por hoy una tendencia a no querer cambiar, a «ser como son», olvidando que sólo Dios pudo decir: «Yo soy el que soy.» He observado con enorme frecuencia a muchos jóvenes replegándose sobre su yo y no queriendo salir de él, tal vez porque carecen de ejemplos. El repliegue a la interioridad, ¿no tiene mucho de inevitable, cuando huelgan maestros, padres, adultos?, ¿es que cabe esperar que los jóvenes se gocen en el seguimiento de unos paradigmas adultos que en gran medida son negativos?

Por no tener maestros en el sentido más noble y completo de la palabra, se viene produciendo una hipertrofia del yo, una nueva forma de desajuste. «Déjame en paz, yo quiero ser yo mismo», se oye decir cada vez más frecuentemente a niños tiernos; no es infrecuente toparse con jóvenes que a sus quince o dieciséis años han decidido y que ellos *son* así, y que no quieren cambiar, negándose a la heterocrítica, rechazando la posibilidad de crecer espiritualmente, anquilosándose, y esclerotizándose en moldes definitivos antes de tiempo. Por rechazar al adulto se ha dejado de ser joven, y se ha devenido anciano: Mal camino.

Pero, ¿no será esa asertividad desahogada, no será esa autoafirmación tan desmesurada una forma suave de agresividad? ¿Qué hay sino lanzado rechazo

en esta afirmación, que paso a transcribir literalmente, y que se viene de una alumna: «Quizá resulte irónico, pero cuando me han preguntado a veces qué quería ser de mayor, me he limitado a decir: Quiero ser yo misma»? No ignoramos que la edad púber se caracteriza psicológicamente por esa tendencia a la autoafirmación, paso necesario en la evolución psíquica y biológica hacia la adultez, pero tampoco puede dejar de tenerse en cuenta que hay algo más que deseo de autoafirmación, hay también en esta época tendencia a la negación de otras edades, sobre todo de las adultas.

No me resisto tampoco a traer a colación, a renglón seguido de lo escrito, el mismo testimonio de la joven que quería parecerse a sí misma, pues, tiene mucha miga, ya que añade: «Me dedico a actuar día a día, procuro representar bien mi papel, meterme de lleno en el "personaje" que he de interpretar e identificarme con él plenamente, aunque incluso, como le ocurre hasta al mejor actor, siempre haya algo de él mismo en cada uno de sus personajes.» O sea, que la persona que quería ser ella misma, se dedica a serlo haciendo teatro, es decir, enmascarándose; en definitiva, no siendo ella misma. Quien así decía era ciertamente una chica inteligente, pero su inteligencia parece hasta excesiva, ya que sintoniza tan plenamente con las opiniones de los «nuevos filósofos» y, en general, con la cultura de la modernidad, que esas sus afirmaciones las hubieran podido firmar Aranguren, Rubert de Ventos o Francisco Umbral. Y es que, en definitiva, una lectura en profundidad de lo que acontece en el multiverso joven es siempre el negativo de lo que impera en el cosmos adulto.

La afición por lo teatral ha crecido entre nuestras juventudes últimamente, y éste es un hecho. Si en la década de los sesenta el único teatro era el *teatro de operaciones*, en la actualidad ya no es la calle ni la lucha social, sino el espacio privado de la corrala, el corral de monipodio, el mimo, la marioneta, la expresividad corporal, el miniteatro en suma, más que el «Gran teatro del mundo». También aquí está claro el devenir de los tiempos. Usted tiene que estar de acuerdo, porque es así; no lo dude, el joven expresa su identidad a través de lo que Bacon denominaba *idola theatri*. He aquí otro testimonio en el mismo sentido: «Una de mis mayores esperanzas es llegar a ser algún día la primera actriz de una comedia musical, o simplemente una comedia. Siempre he tenido esta obsesión de ser actriz, aunque no lo he dicho a mucha gente, quizá por temor a que la gente se burlase de mí. Esto no es porque yo quiera ser muy importante, ni por nada similar, sino simplemente porque me gusta hacer reír a la gente, o que se rían de mí, eso no me importa». Hay en este último testimonio una mayor desdramatización de la escena, ciertamente, pero tampoco puede olvidarse que en el fondo de todo payaso, junto con una veta de generosidad, hay auténticas lágrimas de tristeza, lágrimas no en última instancia provinientes de la tragedia que es el tener que mostrarse ocultándose, y proporcionar regocijo de forma artificial. Se me dirá que todo esto es hurgar demasiado en el subconsciente de alguien que simplemente quiere ser primera actriz, y que lo demás son proyecciones fanta-

siosas mías. Lo acepto, yo también tengo derecho a decir que *se non e vero, é bene trovato*. Caramba.

Pero *é vero*. Insisto en que todo lo dicho está en relación con una cierta forma de agresividad, aunque fuere atenuada, y se pone también de manifiesto en la agresividad de la *huida, agresividad hacia atrás*; ella hace decir a un joven: «Mi esperanza es huir, salir de esta vida, vivir mi propia vida, recorrer el mundo en una bicicleta, conocer a los demás tal y como son, saber de todo al menos un poco, dar alegría a la gente. Tal vez mi meta sea vagabundear, alejarme de la ciudad. Ya sé que esto es otra forma de no cooperar al cambio de las estructuras, pero uno ha de empezar por sí mismo, y para mí ese es el mejor camino.» Observamos en este testimonio del que desea huir la misma actitud de quienes deseaban la máscara teatral; también es la misma esa su búsqueda de dar alegría a los demás; finalmente, común en última instancia es el deseo de conocer a la gente tal y como ella es, aunque (cosa sorprendente) a través del inconsecuente camino de la máscara y la huida propias.

5. «JOIE DE VIVRE» POR ENCIMA DE TODO

Recordará el lector que buscábamos esperanzas y signos de ilusión juveniles, y que un sector-límite, más rompedor, aunque se manifestaba abiertamente hostil a los adultos, no prescindía de poner su esperanza en él mismo; también hemos visto otras formas de autoafirmación, con mayores o menores grados de esclerotización, y con equilibrios más o menos difíciles.

Siguiendo en la misma búsqueda, nos encontramos también con formas de esperanza más inmediatas, menos elaboradas, poco cerebrales en cualquier caso, que consisten en ir saliendo directamente y diariamente al paso de los acontecimientos, con su carga de interrogación, de sorpresa, de preocupación y de esperanza. Alegría de vivir y vivir al día son aquí casi una misma cosa, como se puede apreciar en la siguiente redacción: «El mayor signo de esperanza en mi vida es poderme despertar cada día y ver que he vivido un día más. Me da miedo pensar que se me puede acabar un día de estos todo lo que me rodea. Mi esperanza consiste en ir consiguiendo que cada día voy logrando superar las dificultades que el día anterior me parecieron insalvables.» Este momentaneísmo o instantaneísmo es propio de una generación nacida en la era del progreso y a la vez en la era del temor, y se parece en poco a los planteamientos de amplio aliento de nuestros padres.

Como quiera que sea, esta «joie de vivre» o alegría de vivir, a la que no le faltan sombras ni miedos a lo que pueda pillarnos de improviso, no profundiza realmente demasiado en los temas, ni se plantea cuestiones a largo plazo, es un «vivre au jour le jour», un vivir el día, al día. Así lo dice de claro un joven: «¿Qué por qué tengo ilusión? Pues bien, tengo ilusión porque

hablo con un amigo, porque veo que hay gente que se esfuerza para que otro esté más a gusto, porque he aprendido cosas, porque alguien se acuerda de mí a la hora de hacer una cosa, porque algunas veces soy escuchado, porque discuto con alguien, por muchas cosas que para otros a lo mejor o a lo peor son insignificantes.» Y como si temiera que tan ardiente espíritu biofílico pudiese ser contradicho en todo o en parte por alguien, concluye: «No tengo casi nada que decirle, pero le aseguro que yo seré feliz, vaya que sí, es seguro. Además, yo vivo, y como vivo siento, a veces bien y otras no tan bien. Bueno, le parecerá que estoy loco. A lo mejor estoy loco. Yo muchas veces lo he pensado, pero yo soy yo.» (Y tus circunstancias, no olvides a Descartes, hombre.)

De forma más metafísica lo expresa otro de mis simpáticos alumnos: «Es difícil comenzar a expresarse sobre algo tan amplio, tan fascinante, y tan complejo como uno mismo. Y digo uno mismo, porque yo soy la juventud, o en cualquier caso la juventud está en mí y yo en ella. La juventud es para mí multitud de cosas; es ansiedad, puesto que en estos años, sin fronteras estrictas, cada uno intentamos llegar a conocer, a comprender todo, y a vivir en armonía con nuestras ideas y principios; es rebeldía, a pesar de que haya muchos que se nieguen a atacar al "mundo de los mayores" y decidan ser como ellos; es pasión, porque uno lucha como nunca en su vida por las personas que quiere y los ideales que le mueven; es confusión, porque buscamos cosas que no sabemos muy bien que son; y es, finalmente, vitalidad y ganas de vivir, aunque a veces y en el mundo de las mayores nos sintamos deprimidos y desgraciados por su culpa y no la nuestra. La juventud supone además, en mí y en la gente que más me interesa, comunicación o ansiedad de ella. Buscamos mil maneras de conocer personas y de darnos a conocer a ellas. Escribimos poesías, proyectos de artículos periodísticos o indeterminaciones de carácter filosófico, demagógico o incluso panfletario. Empezamos libros que pretenden reflejar nuestra personalidad y que luego no acabamos. Hacemos canciones o escuchamos las de otra gente como nosotros. Otros pintan, dibujan o hacen esculturas. Pero todos buscamos comunicación con las personas como nosotros.

Me atrevo a decir incluso que existe en los jóvenes algo que jamás encuentro en los adultos (¿o adulterados?): Variedad. Los mayores son todos iguales... Buscan el dinero, la posición social, y no les importa ser pisoteados y marginados con tal de parecerse un poco a sus héroes prefabricados. Aceptarán esclavizarse durante decenas de horas y cientos de días, para poder ser un poco más que el vecino, y decir: «Es el último modelo», o «es igual que el de Lady Di». Todos iguales, serres vacíos, me parecen los mayores. En cambio los jóvenes sabemos ser diferentes. Ansiamos y anhelamos libertad, independencia, felicidad, pero cada uno a nuestro modo. Para alguno, desgraciado él, la felicidad será emular a los burgueses de moda; para otros, el encontrar un sitio en el fin del mundo sin adulterar por la civilización; para algunos más, el entregar al mundo su afán de hacerr el bien; estamos tam-

bién los que queremos la comunicación y el amor hablando por la radio; también los habrá que quieran permanecer en el anonimato en algún campo de siembra para amar la tierra y hacer que otros coman; todos, en definitiva, tenemos ilusión, proyectos y ambiciones.

Puedo resumir la filosofía joven diciendo que, en general, queremos solamente no dejar de ser jóvenes, o, al menos, ser *adultos pero menos*. Yo en particular no deseo ser como los adultos. No quiero perder la capacidad de sueño, de imaginación, de comprensión, de amor, ni la sensibilidad que tenemos los jóvenes. Ser joven toda la vida puede que sea un sueño, pero en cualquier caso puedo esperar ser lo menos viejo posible con el paso del tiempo, alcanzando la claridad de ideas que proporciona la madurez sin dejar de soñar y amar como de joven: Eso puede ser una perfecta yuxtaposición.

Quizá dejándonos de preocupar por el qué pasará mañana y tratando de hacer de ese mañana otro hoy, jamás perdamos la juventud.

Verdaderamente este joven tiene dotes de escritor, y no menores de pensador, si bien para crítico de sí mismo y de los suyos no parece del todo bien orientado. En cualquier caso, su redacción tiene dos partes bien claras: En la primera, oficia de apologeta del mundo suyo, exaltado y poniendo por las nubes al joven que deportivamente y sin preocupaciones vive al día, y en la segunda, por contraposición, arremete contra los mayores que son en su opinión, la antítesis denostada. Finalmente, en un párrafo conclusivo y concluyente recapitula para venir a postular el vivir al día, el hacer del mañana un hoy, y del ayer un ahora: El tiempo pasa a ser así una plataforma de permanente e inalterable fruición, y el que se sale de esa plataforma cae en el espacio vacío que destina a los adultos-adulterados, como dice. Verdadera o falsa, su exposición de la cuestión es modélica, y podría servir de estereotipo de la edad joven.

Vivir y dejar vivir, sería entonces el lema: «Mi mayor esperanza es la de vivir; me gustaría vivir mucho tiempo, hasta que fuera muy anciana. Yo no tengo miedo a la muerte, sino al morir y dejar a toda la gente que tengo.» Detrás de tan sentida expresión, esta alumna está manifestando lo mismo que su compañero precedente, dándole ahora a su redacción un tinte quevedesco, por aquello de la distinción entre la muerte y el morir.

En cualquier caso, ese vivir se tiñe de pequeñas y diarias cosas, a ese vivir se le enredan amorosas enredaderas, *hiedras de la cotidianidad*, que van poniendo una permanente odoración a esperanza en el huerto florido de la pequeña ilusión. De este modo, para algunos (o mejor dicho, para muchos) la familia es fundamental en dicho vivir: «Me encanta que mi propia familia esté tan unida como está; tengo miedo a que algún día mis padres por alguna razón se separen. Cogería un gran trauma. No lo soportaría. Quiero que estemos siempre unidos», dice una; otro añade: «Particularmente, mi máxima

esperanza se cifra en que entre mis padres y yo haya una mayor comprensión y cariño. Quiero que seamos felices sin hacernos daño unos a otros. Si nos hacemos daño, nuestra posible felicidad está manchada por una sombra oscura.»

Cuando hay alegría de vivir casi todo va en ese camino, o puede ir, exceptuando lo claramente dañino. Y así, hay quien pone la felicidad en el futuro matrimonio, o en sacar las mejores notas, o en salir con los amigos, o en estrenar un traje, o en ganar una competición deportiva, o en tener una guitarra, o en aprobar la selectividad, o en tantas y tantas cosas, todas y cada una de ellas pertenecientes al ámbito de lo sumamente personal y de lo sumamente intransferible. Incluso una alumna ponía su esperanza en algo a lo que desde luego yo nunca me negaré, y que bien pensado es una maravilla: «Dedicarme a la psicología o a la filosofía como oficio, al arte como hobby, y a los demás como fuente de energía para vivir.» Primo, me lo pido.

En resumen, todo el mundo se vuelca en lo diario, y no faltan los que, tan sincera como brutalmente, confiesan que están encantados con la cotidianidad que les colma, y que se llama capitalismo. Atención a esta redacción: «Bueno, yo en particular soy una persona que me siento totalmente identificada con el sistema capitalista vigente. Por lo tanto, me considero totalmente materialista. Puede parecer pueril, pero uno de los incentivos que me mantienen en esta situación de mucho estudio es la probabilidad que tengo de que si apruebo me compran un coche nuevo, y dejo de una vez la chatarra con cuatro ruedas que tengo.»

Aquí la gama de opiniones, por lo tanto, es irreductible a unidad, pues nada en absoluto tiene que ver lo que acabamos de transcribir, con esta otra afirmación de otro estudiante, que asegura que «dar sin esperar, ¿no es suficiente para vivir y ser feliz?».

6. LA LIBERTAD, LA IGUALDAD Y LA FRATERNIDAD TAMBIEN CUENTAN COMO LUGARES JUVENILES DE ESPERANZA

Sin embargo, y por muy típico que sea de los tiempos desapacibles el recluirse en la vida privada o el retirarme hacia el bricolaje y lo pequeño, lo cierto es que hay un huerto más amplio, el huertocomún, el social, y que de una u otra forma está en el transfondo de bastantes esperanzas. De ahí la necesidad de referirse a él, aunque sea telegráficamente.

Dice un joven: «Mi esperanza, particularmente hablando, sería obtener el día de mañana una modesta posición social, dedicándome a ayudar a mi vecino en lo posible del caso; que cuando tengas un periódico en tus manos puedas leer con cara de satisfacción y en letras grandes: *¿Qué es el paro?*; que des-

aparezca la violencia; que comience a existir en el hombre ese espíritu de fraternidad tan deseado por algunos; en fin, una sociedad y un mundo, en el que cada uno de los que le componen al levantarse cada mañana vean las cosas con claridad, sin que les pese la cabeza, y con los ojos bien abiertos y pudiendo tener constancia de su claridad mental, digan a voces: *¡Estoy a gusto y contento!* Otro añade: «Mi mayor sueño sería que algún día obtuviéramos esa sociedad ideal en la cual no existieran ni rencores, ni odios, ni guerras, simplemente esa gran felicidad deseada por todos nosotros, concordia entre todos, y paz, en lugar de esas ansias de poder que la mayoría de la gente tiene.» Finalmente, por no alargar demasiado esta lista en una misma dirección, otro escribe: «Mis ideales serán los de los demás, pero yo creo saber cuáles son los míos. Sería plagiar decir que son los de igualdad, libertad y fraternidad, pero no me importa, porque estos tres modos y comportamientos definen el ideal de vivir en un mundo vivible para todos, con cooperativismo e igualdad de oportunidades, con paz y felicidad, con amistad, con amor, con cultura, y no con capitalismo, ni con anarquismo, ni con comunismo.»

Escribía, por fin, un alumno: «El día en que todo esto sea posible, puede ser que mis ojos no lo vean, pero me dará lo mismo si otros lo pueden ver por mí.»

Y como, en llegando a tan altas cotas de generosidad teórica, pudiere comenzar a entrarle al respetable la sospecha de que tanto idealismo no puede ser verdad (pues aquí se sospecha de cualquiera, incluso del mismísimo joven, que tiene fama de andar por el mundo en plan idealista, o al menos eso le dicen los adultos sin creérselo del todo), para evitar las sospechas excesivas podríamos concluir este epígrafe con un rasgo de buen humor, prroviniente de un chico del Curso de Orientación Universitaria, el cual, después de no saber una palabra sobre Hume, ni corto ni perezosos me dedicó este monumento poético, que recibí con hartó contentamiento y que a continuación me dedicó este monumento poético, que recibí con hartó contentamiento y que a continuación transcribo, por si alguno de mis lectores se decide a tomar nota y a responder con la misma simpatía ante eventuales desagradables situaciones vitales. Y sin más preámbulos, vayamos con esta memorable manifestación del sentido del humor joven, que agradezco vivamente:

*«Como me gusta componer,
estos versos le dedico,
que me debe suspender,
eso no se lo replico.*

*Cuán mala suerte la mía,
que de estudiar yo me harte,
¡otro gallo cantaría,
si hubiera puesto a Descartes!*

*Espero que a mal no tome
que le entregue esta coplilla,
un alumno que le admira
se levanta de su silla.»*

Lo cual que nada mal está, a fe. Cuando yo sea mayor, quisiera responder ante la vida con el mismo talante. Dirimir las contiendas a golpe de canto, es mucho mejor que dirimir las a canto de golpe. Se crea o no se crea, hay jóvenes con vena poética, y son ellos los que contrapesan la tendencia a la esclerosis tan fomentada por los Grandes Almacenes, y cuya insufrible cantilena adquiere monótona expresión en el «Nosotros somos magníficos, hay que ver lo magníficos que somos, somos fenomenales, hay que ver lo fenomenales que somos», tan inaguantable como la otra cantinela del niño que estuvo media noche diciendo: «Mamá, tengo sed», y la otra media noche, saciada esa necesidad, añadiendo: «Mamá, que sed tenía; mamá, que sed tenía»...

7. LA VIDA SIGUE...

Y mientras tanto, el mundo gira, debiendo cada cual hacer el aprendizaje pertinente. Escuelas, padres y amigos, frente a enemigos, antipadres y antiescuelas, pugnan por configurar la imagen desiderativa en el joven, pero en definitiva, y en última instancia quien habrá de decidir será él mismo: «Me siento orgullosa de haber descubierto esto —dice una alumna—, de ser capaz de discutir sobre un tema en el que son válidas las posturas que se plantean, pero desde distinta perspectiva. Esto me hace aprender, recopilar opiniones y experiencias, y compararlas unas con otras. ¡Ah! ¡Qué horrible me parece el estar convencida de la verdad, el ofuscarse, y no ser capaz de asimilar otras cosas! Tal vez sea esto lo que debemos agradecer a la sociedad multi-color en que vivimos. Porque esto no se acaba, aún hay más y más cosas que aprender y más inquietudes crecen en nosotros. La sociedad de consumo se intenta aprovechar de esta variedad, y nos ofrece diferentes lugares donde tomar un cubata, variados modelos y estilos de ropa que usar para sentirnos nosotros mismos, variados estilos de música que escuchar, y con las que nos sentimos plenamente identificados. Hacen una grotesca caricatura de la sociedad. Nos ofrecen un mundo de moda y color (de acuerdo con cada época y temporada) donde nos sentimos totalmente realizados. Las discotecas y pubs son variados también, los hay decorados de formas originales y diversas, para crear ambientes acogedores. Todo está previsto para satisfacer a la juventud. Entramos muy resueltos y decididos al lugar de moda, pretendemos conquistar el mundo, nos hemos comprado nuestro último trapo en Multi-Centro. Y... cuando cruzamos el umbral, se produce la metamorfosis, la comunicación es fácil y sencilla en la discoteca, todos reímos y bailamos..., pero todos igual, los pantalones que acabo de estrenar son iguales a los de otras niñas, y también las medias de colores, oigo por ahí

a una niña diciendo lo mismo que yo hace unos días a otro chico, pretendiendo ser simpática y natural, la música comienza a repetirse día a día una y otra vez en mis oídos... Y cuando al fin salimos, llega la gran desilusión, no somos tan originales y auténticos como creemos, todos pensamos igual, actuamos de la misma forma ante los mismos estímulos, y al final nos sentimos víctimas de la sociedad consumista... ¿Y esos mayores que tanto nos miran? ¿Quieren ayudarnos realmente? ¿Nos tienden la mano con decisión?, o sólo nos la enseñan, pero sin lograr alcanzarla? Cada cual nos quiere guiar de acuerdo con el beneficio que pueda sacar de nosotros, tan pletóricos de energía y tan decididos a la hora de actuar, porque somos decididores y estamos dispuestos a probarlo todo.

Tan extenso texto expresa, en efecto, con mucha plasticidad y fuerza de imagen, lo que constituye el diario decidir del joven, si bien uno tiene que quedarse un poco perplejo, por cuanto no acierta a hermanar esa juvenil desconfianza radical ante todo, esa sospecha ante la manipulación tan reiteradamente denunciada y ante la que palidecen los famosos «maestros de la sospecha» del pasado, por cuanto no acierta a hermanar —digo— todo eso con la persistencia en el voluntario dejarse engañar, habiendo de preguntar forzosamente: ¿En qué quedamos? Si lamenta la manipulación, por qué compras en Multi-Centro, si buscas la autonomía, por qué la empujas hacia la standardización? Bien claro lo sabe, de todas formas, el joven, que sigue viendo lo mejor y a veces recalca en lo peor: «Creo que somos —escribe un alumno— unos atolondrados, ya que tenemos esperanzas de que nos dejen ir a una discoteca, o de múltiples otras chorradas, y no tenemos esperanza a la hora de realizarnos como auténticas personas.»

Y mientras tanto, como rezaba la letra de una vieja canción de mi tiempo, *Gira, il mondo gira nello spazio senza fine...* La vida sigue.

8. ¿QUE ES LO QUE SIGUE DESPUES DE QUE LA VIDA SIGUE?

Estos nuestros jóvenes mantienen muy pocos nexos en común con sus padres: No han nacido en la era franquista; no han recibido educación ni instrucción religiosa, o muy poca; no han sentido gravitar sobre su cabeza el golpe del palo, ni apenas las prohibiciones a gritos; no saben qué es el hambre, o muy poco; no padecen de analfabetismo en general; no han tenido una infancia desvinculada del resto del mundo en una aldea sin luz, y así sucesivamente podría continuarse negando continuidades con sus padres y con sus abuelos. Muchas cosas, en efecto, han cambiado, y una de las más notables es la relativa al aflojamiento de la emoción religiosa y de las preocupaciones de ultimidad absoluta. Los jóvenes de hoy suelen tomar por absolutas las secuencias relativas de cada momento vital concreto, y ésto creo que es en general una evidencia, aunque no falten excepciones, y pese también a que apunte en el horizonte situaciones nuevas.

Lo que a continuación transcribo marca un poco el nivel de preocupación (por hablar de algún modo) en materia religiosa o en temas de ultimidad referencial: «También creo que hay algo detrás de la muerte, existe para mí el espíritu humano, no sé si será la reencarnación de algunas religiones orientales o lo que llaman cielo. Yo de todas formas esperaré para verlo. Mientras tanto intentaré vivir lo mejor que pueda, o que me dejen.» Con tan grande confusión donde parece dar lo mismo el cielo que el zen, la encarnación y la reencarnación, el cielo y la tierra, con tal de que aquí se viva lo mejor que se pueda, sopitas y buen vino también para el joven que dice ser terriblemente exigente, con tan grande confusión la juventud parece contentarse.

Son escasos los jóvenes para los cuales el hecho religioso sea un hecho central, y a partir del cual la vida se tome en toda su profundidad. Ataques a la Iglesia, ataques a los curas, ataques a los malos ejemplos, ataques por doquier, en general, sirven de coartada para no interesarse de veras por superar el nivel de tibieza en que el joven se encuentra. Cuando no son ataques son elogios a cuanto de meramente fantástico creen los jóvenes hallar en el hecho religioso, confundiendo a Jesús con un héroe, con un titán, con un rebelde, con un romántico, con un maestro de virtud, o similares. Y todo ello por no hablar de la laxitud y la facilidad con que dichos jóvenes pasan de ritos, normas, hábitos, costumbres, etc. Ni espacios para el esfuerzo ni para la gratuidad son abundantes entre una juventud que busca ante todo la Carta Magna del Capital (sin «K») y su multicolor pluriverso.

Esta situación está intrínsecamente vinculada a la carencia de ejemplo y de consistencia tanto teórica como práctica por parte de los padres y maestros. También aquí lo fácil es echar la culpa a un joven que en ocasiones opta por cualquier cosa, antes que por parecerse a sus padres, antes que por seguir con la misma praxis que los padres, que predicán y dan trigo, o que ya ni si quiera se molestan en lo uno ni en lo otro, porque, de hecho, se han convertido en unos pasotas fácticos. Dicho sea esto con todo el respeto para los padres y maestros, a los que tampoco se desea convertir aquí en cabeza de turco, y con la mejor intención; por lo demás, aunque unos y otros fueran corresponsables del desaguisado tampoco esto eximiría de responsabilidad a los hijos. La cuestión no es escurrir el bulto ni echar balones fuera. Insisto: Hay que cambiar.

9. HACIA UNA PEDAGOGIA DE LOS SIGNOS

Si el joven no encuentra una esperanza sólida más allá de las diferentes esperanzas, es decir, si no encuentra una Esperanza detrás de las esperanzas concretas, no podrá tampoco tener esperanzas a la larga, arriesgándose cada día a perderse entre los estímulos divergentes y disyuntantes. Hay que partir de los jóvenes, sí, para educarles, pero no puede el educador limitarse a las

necesidades de los jóvenes, porque entonces quedará preso de lo fáctico, y acabará poniendo a El Corte Inglés como único horizonte de referencia pensable. Partir de los jóvenes, sí; quedarse en los jóvenes, no. Educar es completar y dar lo que falta, partiendo de lo que hay, corrigiéndolo si es menester. Esta segunda fase es hoy cada vez más olvidada por los educadores, que, ya sea por carencia propia de esperanza, ya por exceso de complacencia con la juventud, ya por pereza, ya por acomplejamiento, ya por cansancio o por otras similares limitaciones, renuncian con demasiada frecuencia en los últimos años y desde hace tiempo a ser lo que deberían ser, maestros.

Efectivamente, como decía Don Bosco: «el arte de educar consiste en tocar en cada adolescente el punto en el que se ha manifestado sensible a lo que es noble, bueno y bello»³. Pero para llegar a despertar tales sentimientos y actitudes es preciso que éstas estén a su vez y previamente en el maestro mismo. Aquel dilema de si «educar por la evangelización o evangelizar por la educación» no es más que un falso dilema, un trabalenguas, ya que entrambas cosas son para el creyente una sola y misma cosa⁴.

En los tiempos que corren hay que echar mucha carne en el asador, aunque sólo fuera para contrarrestar la desbandada y las deficiencias de una modernidad en crisis profunda de valores. Con mejor o peor voluntad, incluso con ingenuidad, millares de educadores se han pasado al campo contrario, entregándose a ideas que no compartían, sólo por el afán de sintonizar con la juventud; en otros casos, el fenómeno ha sido el inverso, como reacción. Sin embargo, la solución no está en correr como galgo tras caza, ni en no moverse, sino en estar donde hay que estar, en la unidad de evangelización y cultura, aun en medio de la experiencia de éxodo y de desierto, que no tiene por qué significar una pastoral de diáspora ni de cristiandad medieval. Así pues, ni enanomaquia, ni gigantomaquia, ni gigantoenanomaquia. Que ciertos aggiornamientos son algo más que insoportables, y que determinados sectarismos reactivos merecen desterrarse como tenebrantes residuos de un caótico pasado, me parece igualmente cierto, y si no fuera por la dignidad del oficio de maestro habría que impedir ciertos magisterios pseudos.

³ Cfr. Schepens, J.: *Educar evangelizando, evangelizar educando: Don Juan Bosco*. Cfr. *Communio*, marzo-abril 1983. Allí se añade: «La pedagogía (ver en cada hombre una persona, no un «objeto pedagógico») no recibe todo su sentido y todo su valor, sino en virtud de una relación personal con Jesús, en quien Dios se ha dado totalmente a los hombres. Y esta relación de fe no es deporsí una evidencia. Ha de ser introducida en cada existencia. Y en la educación debe ser presentada, esclarecida y revelada por las palabras y los símbolos de un lenguaje apropiado».

⁴ Cfr. Díaz, C.: *Memoria y deseo. Oficio de enseñar y pasión por el hombre*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1983; *La juventud a examen*. Ed. Paulinas, Madrid, 1982; *¿Es grande ser joven? Diálogo pedagógico con una juventud sin maestros*. Ed. Encuentro, Madrid, 1983; *Oficio de Maestro*. Narcea de Ediciones, Madrid, 1980; *Tiempo para jóvenes maestros de jóvenes*. Ed. PPC, Madrid, 1983. Más indirectamente, en *Sabiduría y locura. El cristianismo como lúcida ingenuidad*. Ed. Sal Terrae, Santander, 1982, y en *Contra Prometeo. Una contraposición entre ética autocéntrica y ética de la gratuidad*. Ed. Encuentro, Madrid, 1980.

En realidad, pues, una línea adecuada de acción pedagógica tiene hoy que redimensionarse en los tres frentes vitales, que son:

A) *La dimensión de rescate*

Por ella, un buen sector de educadores y una gran cantidad de medios deberían dispensarse para rehabilitar al enfermo. Esta sociedad no sólo no da siempre trabajo, sino que a veces hace enfermar, quita la salud, o posibilita la extrema debilidad, y por ello muchos jóvenes se encuentran heridos por el rayo de la droga, por la inclemencia del desamor, por los golpes de la economía de mercado, por el vacío generalizado, siendo para ellos en tales condiciones imposible el encariñarse con lo que en otras condiciones pudiera atraerles. Así las cosas, me parece altamente necesario y urgente *rescatar de sus prisiones al joven*, como los Mercenarios de antes realizaban con los cautivos, a tal fin gran parte de los efectivos personales e institucionales de las comunidades educativas. Siempre, pero las épocas malas sobre todo hay que practicar con misericordia pequeñas acciones, porque de ellas pueden nacer las grandes, y porque ellas son los signos de una conversión incipiente del educador mismo, experiencia a la vez necesaria de *descensus* en un mundo donde lo que más cuenta es el ascenso. Bajo esta dimensión de rescate podremos entender mejor nuestra propia vocación, y no temer decir con Goethe:

«*Wie das Gestirn
Ohne Hast,
Aber ohne Rast.*»

(«*Como la estrella
Sin prisa,
Pero sin descanso.*».)

Educar hoy, en suma, exige ya una dedicación a la rehabilitación, una pre-educación, aumentando los centros dedicados a delincuentes, enfermos, drogadictos, deprimidos, abandonados, solitarios, deficientes, etc., que, por cierto, comienzan a ser cada vez menos una minoría. Estoy seguro de que desde esa perspectiva podrá reputarse vana y huera la educación en lujosos centros para que los hijos de la burguesía holdingteniente sean luego abogados del Estado y brillantes notarios.

B) *La dimensión informativa*

Ni que decir tiene que lo valiente no quita lo cortés, y que, allá donde existan o quieran mantenerse las comunidades educativas que se precien de ser algo más que una institución que cumple años y apaga las velitas de la tarta, añadiendo cada doce meses una capita más de solera, allí habrá que hacer un esfuerzo muy serio de *reconversión cultural*, dejando atrás tanta cultura

ñoña de «Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora, campos de soledad, mustio collado fueron un tiempo no sé qué cosa famosa», dejando también atrás una mortecina y oficinesca rutina que lleva incluso a tratar de Dios con tanto aburrimiento que acaba por hacer del monoteísmo un monotonoteísmo respecto del cual el joven huye. Es increíble el potencial que despilfarran los centros «católicos» insistiendo en las buenas formas, mejores modales, estupendas notas, aquí todo va muy bien, este curso me estudia/no me estudia y así sucesivamente, mientras dejan pasar a los delanteros del otro equipo marcando goles en los centros neurálgicos. ¿Dónde está esa pasión religiosa, esa emoción capaz de arrastrar, esa razón capaz de sentir lo que Spinoza, un judío, denominaba «amor intelectual»? ¿qué se está haciendo en orden a la formación religiosa en nuestras escuelas?, ¿en ellas se toma la religión como un hecho global y radical, o se reduce a asignatura? y aun en este último caso ¿se la explica bien empezando por una antropología, continuando por una cristología donde Jesús se muestra como el hombre auténtico que colma nuestro modelo de hombre, se enseña así a la luz de la historia comparada, se desemboca en una eclesiología, todo ello con vocación de presencia y de incardinación en la solidaridad con el ajeno dolor y con la ajena alegría?, ¿se nota esa formación en la presencia en las instituciones, presencia militante, claro está? Estas no son preguntas retóricas, y por ser interpelaciones reales mucho me temo que no siempre podrían ser respondidas en tantos y tantos casos sino con el silencio.

C) *La dimensión misionera*

Todo lo antedicho en las dos dimensiones anteriores es ya de alguna forma misión, pero desde luego no es toda la misión. Ha llegado la era y la hora de la apologética, que nada tiene que ver con el triunfalismo ni con el fundamentalismo belicoso de determinadas actitudes; apología es presencia en lo que uno cree, reclamando el derecho a ser escuchados, por el amor de compartir. Ha llegado de nuevo esa necesidad de tomarse en serio que también España es un país de misión, y esto significa que hay que levantarse más temprano y acostarse más tarde, compartir más y rezar más abundantemente, sin neurosis de activismo, antes al contrario con convicción de gratuidad y confianza en la tarea, que uno nunca comenzó él sólo, ni él primero. La dimensión misionera entraña también atender a lo esencial, para no confundir el ser con el tener, y para manifestar la verdad del hombre, sin perderse en las verdades. La contribución de los creyentes a la verdad del hombre, las responsabilidades de la Iglesia frente a la verdad, no son menudencias verbales ni disquisiciones metafísicas.

Cuando la Iglesia camina hacia la conversión camina también hacia el encuentro con la juventud, que pide una señal para creer, aunque a veces no sepa cómo pedirla, ni siquiera dé facilidades para que esa señal le sea dada. Pero precisamente en medio de las dificultades en cuanto mayor relieve cobra la